

ANTROPOCENO Y PERSPECTIVAS DE FUTURO EN LA FILOSOFÍA AMBIENTAL

— Bugallo, Alicia Irene ¹

RESUMEN

La filosofía ambiental contemporánea emerge luego de la Segunda Guerra Mundial, en contextos de alto riesgo socioambiental, ilustrado por expresiones como “bomba nuclear” y “bomba ecológica”. El momento ha sido caracterizado como Gran Aceleración, etapa reciente del Antropoceno, en el que surgen diversos enfoques de Estudios de Futuros o Estudios Prospectivos. Al respecto, se ilustrarán las propuestas de ecofilósofos y pensadores como Arne Naess, Hans Jonas, Bryan Norton y Emmanuel Agius, considerando los aspectos disruptivos en los escenarios futuribles que consideraron, de cara a los desafíos de alteraciones socioambientales locales y globales.

Palabras Clave: *filosofía ambiental, prospectivas de futuro, antropología, ecofilosofía.*

¹ Doctora en Filosofía (Universidad del Salvador, Área San Miguel). Especialista en Gestión Medio Ambiental (Universidad Politécnica de Madrid). Profesora de Filosofía (UBA). Docente de posgrado en las Universidades de Buenos Aires, Católica Argentina, Nacional de San Juan, de Lanús, de Morón. Investigadora de los desarrollos de la filosofía ambiental en la Argentina, por la Universidad Nacional del Sur. Autora de los libros *De dioses, pensadores y ecologistas*, 1995; *La filosofía ambiental en Arne Naess; influencias de Spinoza y James*, 2011; *Filosofía Ambiental y Ecosofías*, 2015, y de diversos trabajos sobre ecofilosofía y educación ambiental.

Escenario de riesgos para la vida

La filosofía ambiental es una modalidad que surge en el campo de la filosofía contemporánea, hace unos 50 años, en reflexión sobre creencias y valores que estaban haciendo crisis en la civilización industrial. Desde sus inicios se destaca la preocupación y compromiso con la vida. Resultaba una visión de filosofía preferible al positivismo o al empirismo lógico, y se afirma como espiritualmente viva, comprensiva, abierta a la sabiduría, consciente de lo ecológico y ambiental, relacionada con la economía de la calidad de vida, políticamente consciente y socialmente comprometida, atenta a la salud integral, entre otros aspectos.

Aquella preocupación por la vida no es un mero detalle anecdótico, y debe recordarse la importancia del momento histórico, ya que emerge en el horizonte mundial de la confrontación política, económica, cultural y militar conocida como Guerra Fría (USA-URSS) y su competitiva y terrorífica carrera misilística.

Del peligro nuclear al riesgo ambiental

Ni bien finalizada la Segunda Guerra Mundial, se hizo patente la preocupación por la contaminación radioactiva debida a las pruebas nucleares durante la Guerra Fría y el eventual impacto en distintos ámbitos de la sociedad, en la salud y el ambiente. El primer ambientalismo, al menos el reconocido públicamente como tal, se generó en la comunidad científica académica. Barry Commoner, fisiólogo de plantas tuvo gran participación en el *Comité para la Información Nuclear*, creado en 1958. Podría decirse que primero fuimos antinucleares, y luego ambientalistas.

Rachel Carson, Máster en genética, especialista en ecología marina, advirtió en 1962 en su libro *Primavera Silenciosa*,

que la actividad antrópica estaba produciendo contaminación en el planeta, con sustancias como el DDT, los pesticidas clorados, el gamexane, etc. Según la autora, estos contaminantes estaban afectando severamente la cadena de la vida, la cadena alimentaria, desde las pequeñas diatomeas hasta los grandes mamíferos y al hombre mismo.

Se trata de sustancias que se acumulan en los tejidos de plantas y animales, penetran en las células germinales, alterando el material de la herencia, del cual dependen las formas vivientes futuras. A este ambientalismo científico cabe incorporar la figura del ecólogo y silvicultor Aldo Leopold, redescubierto hacia fines de los 60 con gran impacto de su *Ética de la tierra*, elaborada en los años 40 del pasado siglo. Allí planteó el intento de liberar el proceso evolutivo hacia una ética ambiental, dejando de considerar el uso decente de la tierra como un problema exclusivamente económico.

Llamaba a examinar nuestro trato con el ambiente en términos de lo que es ética y estéticamente correcto, así como también económicamente conveniente. “Algo es correcto cuando tiende a preservar la integridad, la estabilidad y la belleza de la comunidad biótica; y es incorrecto cuando tiende a lo contrario” (Leopold, 2017, p. 40).

Entonces, sobre este riesgo creciente para la vida, resulta notable constatar cómo la imagen del peligro bélico de posguerra siguió proyectándose durante décadas sobre la nueva problemática ambiental en expansión. Gro Harlem Brundtland¹ destacaba cómo en este siglo, el impresionante crecimiento demográfico ha dado lugar a la consiguiente intensificación de la explotación de los recursos naturales, provocando, además, tal grado de contaminación, que la atmósfera terrestre está sufriendo daños que representan

¹ Coordinadora del Informe Nuestro Futuro Común, 1987, también conocido como Informe Brundtland.

una amenaza para el futuro común de la humanidad.

Para Brundtland es ahora cuando hay que adoptar las decisiones oportunas para que la humanidad pueda vivir el siglo XXI. “Nuestra generación tiene que hacer frente a dos riesgos concretos, la carrera de armamentos nucleares y la contaminación, es decir, a dos bombas: la nuclear y la ecológica” (Brundtland, 1990, p. 4).

Movimientos sociales emergentes y estudios de futuro

La preocupación ambiental emergente extendió su influencia a Europa y al resto del mundo, consolidándose en movimientos de participación cívica y social no gubernamentales, anhelantes de crear una nueva cultura integrada y en mayor y mejor sintonía con el ambiente.

Junto al movimiento global por la paz mundial (una de cuyas manifestaciones fue la creación de las Naciones Unidas terminada la Segunda Guerra Mundial), y el movimiento mundial por la justicia social (con organizaciones por los derechos humanos o Amnesty Internacional como sus expresiones), finalmente se fue consolidando un movimiento más joven de carácter ambientalista, como respuesta a la disminución acelerada de la diversidad biológica y del progresivo deterioro del ambiente biosférico.

En esta línea se ubicaría el Movimiento Ecología Profunda, *Deep Ecology*, del filósofo noruego Arne Naess. Conjunto a esa tendencia, se aprecia el desarrollo de Estudios de Futuro o Estudios Prospectivos a través de actividades profesionales, sistemáticas, realizadas sobre base científica, orientadas a enunciar la posible o más probable evolución de los acontecimientos.

La idea de base es que el futuro puede ser transformado, que el hombre es capaz de cambiar su circunstancia. Los estudios prospectivos tienen como intención reducir la incertidumbre y transformar la evolución del futuro por medio de nuestros planes.

La expresión *ecología profunda* fue gestada al comienzo de los años 70 por un grupo de ambientalistas noruegos. Y justamente Arne Naess la incorporó en su ponencia “Los movimientos de la ecología superficial y la ecología profunda” presentada en 1972 en Bucarest, en ocasión de la *Tercera Conferencia Mundial sobre el Futuro*.

La ponencia fue luego publicada en 1973 como “The shallow and the deep. Long-range ecology movements: a Summary” en la revista *Inquiry 16*, Oslo. Según Naess (1973), el ambientalismo actual, centrado sólo en adoptar medidas correctivas o reformistas, si bien muy necesarias, no llega a cuestionar las raíces de la creencia moderna en el progreso puramente material. No llega a lo profundo, *deep*, y queda entonces caracterizado como menos profundo, *shallow*.

Valor a futuro de la diversidad biocultural

La década del '70 también estuvo marcada por el impacto de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, conocida como *Conferencia de Estocolmo*, a partir de la cual no sólo la ecología debería interesarse por los problemas socioambientales, sino que los gobiernos y partidos políticos no podrán permanecer al margen del desafío de los problemas ambientales, tanto locales, regionales como globales.

La ponencia de Naess presentada en Bucarest meses después de la Cumbre de Estocolmo, puede ser leída como una reacción contra algunos alcances y objetivos de Estocolmo. A su criterio, las regulaciones

ecológicamente responsables debieran preocuparse solo en parte de problemas como la contaminación y el agotamiento de los recursos naturales., en tanto existirían preocupaciones más profundas que involucran los principios de diversidad, complejidad, autonomía, descentralización, simbiosis, igualdad y justicia social.

Si bien valoraba positivamente la emergencia de los ecólogos desde su relativa oscuridad, marcando así un punto de cambio en la comunidad científica, Naess expresó algunas prevenciones al respecto; su rol estaría siendo distorsionado y mal utilizado, ya que se les atribuiría el objetivo central de custodiar la salud y la vida opulenta de los habitantes de los países desarrollados.

La tendencia predominante resultó en la proyección de los resultados que se obtendrían a partir de un futuro único y predeterminado. No consideraban el surgimiento de acontecimientos nuevos y culturalmente enriquecidos. Frente al desafío de imaginar un futuro para la humanidad, nuestro autor llama a la colaboración de la antropología cultural como fuente de información para sugerir qué aspectos positivos de las culturas pueden ser subrayados y hasta qué punto las tendencias negativas pueden ser evitadas. El movimiento ecología profunda, por su parte, aspiraba a incorporar simpatizantes de culturas tan diversas del mundo, con un modo de pensar, de sentir y de vivir su realidad, bien distinto al de los seguidores en el llamado Primer Mundo.

En "Culture and Environment", 1993, Naess admite que numerosas prospectivas de la sociedad sustentable futura reflejan un estilo de vida bastante uniforme y tienden a pensar el camino hacia la sociedad ecológicamente sustentable como si fuera la realización de, o la tarea de, una sola cultura. En su opinión, la ausencia de culturas profundamente diferentes, en el futuro, sería

una calamidad. La riqueza y diversidad de las culturas del futuro es un gran ideal; tal vez sea el único camino para el logro de futuros desarrollos de la especie humana. Entre alguna de tales tradiciones, afirma Naess, es posible encontrar sofisticadas prácticas técnicas ecológicas y estilos de vida beneficiosos.

Resulta interesante en este punto, notar cómo el movimiento El futuro en nuestras manos, *The future in our hands*, impulsado en Escandinavia por el ingeniero noruego Erik Dammann a partir de 1973, lleva también la firma de Don Helder Cámara, arzobispo brasileño de Olinda y Recife, propuesto al Premio Nobel de la Paz en 1973.

Cabe destacar hasta qué punto América Latina ha influido en la investigación social y el pensamiento alternativo del desarrollo en países europeos y escandinavos. Al respecto seguimos la investigación de Benedicte Bull "Estudios del desarrollo: de la dependencia a la desigualdad. La influencia mutua del pensamiento desarrollista noruego y latinoamericano", en el volumen colectivo *Pensamiento social noruego sobre América Latina*, que esa misma autora coordinara para CLACSO, Buenos Aires, en 2009

Racionalidad ambiental y el novum de la ética

Otro hecho a considerar, que también marcó mucho el desarrollo del pensamiento ambiental crítico, fue el *efecto perspectiva*, generado por la salida del hombre al espacio exterior; entonces se hace más patente la realidad de Una única Tierra.

La información que proveen los satélites de investigación nos reintegra una visión sinóptica, de conjunto, del funcionamiento de la atmósfera y los mares, de los casquetes de hielo y la vida de la Tierra; en fin, de las muy complejas relaciones entre el mundo físico

y el mundo orgánico, que inevitablemente incluyen ya los efectos del accionar humano.

La actual vulnerabilidad de la biosfera por causas antrópicas aporta un novum para la ética y la antropología filosófica contemporánea. El filósofo Hans Jonas describía en *Técnica, medicina y ética. Sobre la práctica del principio de responsabilidad*, 1997, que los alcances del poder humano han superado el horizonte de la vecindad espacio-temporal.

Así, nos dice, es la biosfera misma quien, con toda su abundancia de especies, exige, en su recién revelada vulnerabilidad frente a las excesivas intervenciones del hombre, su cuota de atención que merece todo lo que tiene su fin en sí mismo, es decir, todo lo vivo. Para Jonas (1997, p. 36), la ética ambiental sería “la expresión aún titubeante de esta expansión sin precedentes de nuestra responsabilidad, que responde por su parte a la expansión sin precedentes del alcance de nuestros actos”.

También el filósofo Bryan Norton (1984, 134-136) llama a una racionalidad preferible, al plantear la distinción entre antropocentrismo débil y fuerte. Lo que reconocemos como un *antropocentrismo fuerte* se inclina por las preferencias, deseos o necesidades meramente sentidas, frecuentemente a corto plazo (por ejemplo, una aproximación excluyentemente económica que evita asumir otros juicios de valor). Esa tendencia –todavía predominante en algunos aspectos– desconoce o niega que constituya una amenaza para la continuidad de la vida en la Biosfera.

El tratamiento de cualquiera de los acuciantes problemas contemporáneos, como armamentismo, biotecnología, crisis socioambiental, exige decisiones ponderadas, racionalmente consideradas, y acciones que reflejen esas preferencias consideradas, consensuadas. Esto caracterizaría lo que llamaba *antropocentrismo débil*. Para Norton, una preferencia es meditada, considerada,

cuando reconoce los límites de toda acción humana y es coherente con un principio racional, universal.

Propone como principio básico orientador, racional, universal, el mantenimiento indefinido de la conciencia humana. Las normas morales, las preferencias para la práctica, deben ser coherentes con este valor central. Son alentadas las decisiones para obrar que no pongan en peligro las condiciones de continuidad indefinida de la humanidad en el planeta.

En sentido coincidente, Hans Jonas (1997, p. 40) estructura el imperativo: “obra de tal manera que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra”.

Justicia ambiental intergeneracional para tener un futuro

Todas estas preocupaciones generadas en la posguerra, en realidad reflejan el dinamismo de una época caracterizada como *Gran Aceleración*, una de las etapas más críticas del Antropoceno que nos interpela. La ética ambiental no puede ignorar la necesidad de cambiar las actitudes y las mentalidades de las personas respecto al futuro. La proyección del riesgo ambiental global genera temor por el futuro de la humanidad.

El conocimiento humano nunca había constatado, de modo tan patente, que nada existe aisladamente en los procesos evolutivos de la biosfera. Todo, desde la cultura hasta los genes, se transmitirá a la posteridad; nuestras relaciones no se limitan simplemente a quienes nos son más próximos, sino que alcanzan a generaciones distantes. En las últimas décadas, la comunidad internacional ha adquirido una conciencia creciente sobre la necesidad de una nueva vía hacia el desarrollo, la cual debe contribuir al progreso humano, no sólo en unos pocos

lugares y durante unos cuantos años, sino en todo el planeta y en un futuro lejano.

Como puntos básicos se considera que los recursos de la tierra pertenecen a todas las generaciones; estos solos son nuestros en la medida en que formamos parte de la especie humana. No debemos robar lo que pertenece, por justicia, a otras generaciones. En particular, la idea de "tiempo" se perfila como de gran importancia, entre otros ámbitos en la educación ambiental de hoy. Como se vio también en Jonas, Norton o Naess, la extensión de la dimensión espacial y temporal en las consideraciones de la ética ambiental interpela a las generaciones presentes no sólo para utilizar responsablemente el "legado global" o el "patrimonio común de la humanidad" en su propio beneficio, sino para salvaguardarlo en beneficio de las generaciones futuras.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, fue tomando cuerpo la idea de comunidad internacional de la humanidad, que implica a

todas las personas vivas. Pero a finales de los años setenta apareció una nueva visión más amplia que la de comunidad internacional; según este criterio, cada generación no es más que un eslabón en la interminable cadena de generaciones que colectivamente forman una comunidad, la familia humana.

El filósofo y teólogo maltés Emmanuel Agius, destaca que "Estos nuevos conceptos de solidaridad y responsabilidad en el espacio y en el tiempo son la piedra angular de la ética ambiental de nuestra época" (2010, p. 99). Una nueva perspectiva se está refiriendo cada vez más a la "humanidad" y no a personas individuales o grupos.

Agius reafirma, a los efectos de fortalecer la necesidad de una justicia ambiental intergeneracional que "La especie humana es una unidad porque cada individuo, tanto si vive ahora como si viviera en el futuro, está relacionado genética y culturalmente con el resto de la humanidad" (2010, p. 115)

BIBLIOGRAFÍA

- Agius, E. (2010). Ética Ambiental: hacia una perspectiva intergeneracional. En H. T. Have, *Ética ambiental y políticas internacionales* (págs. 97-126). Paris: UNESCO.
- Brundtland, G. H. (s.f de septiembre de 1990). *El Correo de la Unesco*. (E. C. UNESCO, Entrevistador)
- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad*. Barcelona: Herder.
- Jonas, H. (1997). *Técnica, medicina y ética. Sobre la práctica del principio de responsabilidad*. Barcelona: Paidós.
- Naess, A. (1973). The shallow and the deep. Long-range ecology movements; a summary. *Inquiry* 16, 95-100.
- Naess, A. (2005). *Culture and Environment*. *The Trumpeter*, 1-6.
- Norton, B. (1984). Environmental Ethics and Weak Anthropocentrism. *Environmental Ethics*, 131-148.